

REVISTA EUROPEA.

Núm. 28

6 DE SETIEMBRE DE 1874.

Año 1.

EL SOMBRERO DE TRES PICOS,

HISTORIA VERDADERA DE UN SUCEDIDO QUE ANDA EN ROMANCES,
ESCRITA AHORA TAL Y COMO PASÓ.

(Conclusion.) *

XXVIII.

¡Ave María purísima! ¡Las doce y media,
y sereno!

Así gritaba por las calles de la ciudad quien tenía facultades para tanto, cuando la molinera y el corregidor, cada cual en una de las burras del molino, el Sr. Juan Lopez en su mula, y los dos alguaciles andando, llegaron á la puerta del correjimiento...

La puerta estaba cerrada.

Dijérase que para el Gobierno, lo mismo que para los gobernados, habia concluido todo por aquel dia.

—¡Malo!—pensó Garduña.

Y llamó con el eldabon dos ó tres veces.

Pasó mucho tiempo, y ni abrieron, ni contestaron.

La señá Frasquita estaba más amarilla que la cera.

El corregidor se habia comido ya todas las uñas de ambas manos.

Nadie decia una palabra.

¡Pum!... ¡Pum!... ¡Pum!... golpes y más golpes á la puerta del correjimiento (aplicados sucesivamente por los dos alguaciles y per el Sr. Juan Lopez)... ¡Y, nada! ¡No respondia nadie! ¡No abrian!... ¡No se movia una mosca!

Sólo se oia el claro rumor de los caños de una fuente que habia en el patio de la casa.

Y de esta manera trascurrían minutos, largos como eternidades.

Al fin, cerca de la una, abrióse un ventanillo del piso segundo, y dijo una voz femenina:

—¿Quién?

—Es lá voz del ama de leche...—murmuró Garduña.

—¡Yo!—respondió D. Eugenio de Zúñiga.—¡Abrid!

Pasó un instante de silencio.

—¿Y quién es V.?—replicó luego la nodriza.

—¡Pues no me está V. oyendo! Soy el amo... el corregidor...

Hubo otra pausa.

—¡Vaya V. mucho con Dios!—repuso la buena mujer.—Mi amo vino hace una hora, y se acostó en seguida. Acuéstense ustedes tambien, y duerman el vino que tendrán en el cuerpo.

Y la ventana se cerró de golpe.

La señá Frasquita se cubrió el rostro con las manos.

—¡Ama!—tronó el corregidor, fuera de sí.—¿No oye V. que le digo que abra la puerta? ¿No oye V. que soy yo? ¿Quiere usted que la ahorque tambien?

La ventana volvió á abrirse.

—Pero vamos á ver... ¿Quién es V. para dar esos gritos?

—¡Soy el corregidor!

—¡Dale, bola! ¿No le digo á V. que el señor corregidor vino ántes de las doce... y que yo lo ví con mis propios ojos encerrarse en las habitaciones de la señora? ¿Se quiere V. divertir conmigo? ¡Pues espere usted y verá lo que le pasa!

Al mismo tiempo se abrió repentinamente la puerta, y una nube de criados y ministriles, provistos de sendos garrotes, se lanzó sobre los de afuera, exclamando furiosamente:

—¡A ver! ¿Dónde está ese que dice que es el corregidor? ¿Dónde está ese chusco? ¿Dónde está ese borracho?

Y se armó un lío de todos los demonios, en medio de la oscuridad, sin que nadie pudiera entenderse, y no dejando de recibir algunos palos el corregidor, Garduña, el Sr. Juan Lopez y Toñuelo.

* Véanse los números 23, 24, 25 y 27, págs. 129, 161, 201 y 263.

Era la segunda paliza que le costaba á D. Eugenio su aventura de aquella noche, además del remojon en la acequia del molino.

La señá Frasquita, apartada de aquel laberinto, lloraba por la primera vez en su vida...

—¡Lúcas! ¡Lúcas!—decía.—¡Y has podido dudar de mí! ¡Y has podido estrechar entre tus brazos á otra! ¡Ah! ¡nuestra desventura no tiene ya remedio!

XXIX.

Post nubila... Diana.

—¿Qué escándalo es este?—dijo al fin una voz tranquila, majestuosa y de gracioso timbre, resonando encima de aquella baranda.

Todos levantaron la cabeza y vieron una mujer, vestida de negro, asomada al balcon principal del edificio.

—¡La señora!—dijeron los criados, suspendiendo la retreta de palos.

—¡Mi mujer!—tartamudeó D. Eugenio.

—Que pasen esos señores. El señor corregidor dice que lo permite—agregó la corregidora.

Los criados cedieron paso, y el de Zúñiga y sus acompañantes penetraron en el portal y tomaron por la escalera arriba.

Ningun reo ha subido al patíbulo con paso tan inseguro y semblante tan demudado como el corregidor subia las escaleras de su casa... Sin embargo, la idea de su deshonra principiaba ya á descollar, con noble egoismo, por encima de todos los infortunios que habia causado y que lo afligian, y sobre las demas ridiculeces de la situacion en que se hallaba.

—¡Antes que todo—iba pensando,—soy un Zúñiga y un Ponce de Leon!... ¡Ay de aquellos que lo hayan echado en olvido!

XXX.

Una señora de clase.

La corregidora recibió á su esposo y á su rústica comitiva en el salon principal del corregimiento.

Estaba sola, de pié, y con los ojos clavados en la puerta.

Erase una principalísima dama, bastante jóven todavía, de plácida y severa hermo-

sura, más propia del pincel cristiano que del cincel gentilico, y estaba vestida con toda la nobleza y la seriedad que consentia el gusto de la época. Su traje, de corta y estrecha falda y mangas huecas y subidas, era de alepin negro: una pañoleta de blonda blanca, algo amarillenta, velaba sus redondeados hombros; y larguísimos maniquetes ó mitones de tul negro cubrian la mayor parte de sus alabastrinos brazos. Abanicábase majestuosamente con un pericon enorme, traído de las islas Filipinas, y tenia en la otra mano un pañuelo de encaje, cuyos cuatro picos colgaban simétricamente con una regularidad sólo comparable á la de su actitud y menores movimientos.

Aquella hermosa mujer tenia algo de reina y mucho de abadesa, é infundia por ende veneracion y miedo á cuantos la miraban. Por lo demas, el atildamiento de su traje á semejante hora, la gravedad de su continente y las muchas luces que alumbraban el salon, demostraban que la corregidora se habia esmerado en dar á aquella escena una solemnidad teatral y un tinte ceremonioso que contrastasen con el carácter villano y grosero de la aventura de su marido.

Advertiremos, finalmente, que aquella señora se llamaba doña Mercedes Carrillo de Albornoz y Espinosa de los Monteros, y que era hija, nieta, biznieta, tataranieta y hasta vigésimanieta de la ciudad, como descendiente de sus ilustres conquistadores. Su familia, por razones de vanidad mundana, la habia inducido á casarse con el viejo y acaudalado corregidor, y ella, que de otro modo hubiera sido monja, pues su vocacion natural la iba llevando al claústro, consintió en aquel doloroso sacrificio.

A la sazón tenia ya dos vástagos del arriscado madrileño, y aún se susurraba que habia otra vez moros en la costa...

Conque volvamos á nuestro cuento.

XXXI.

La pena del Talion.

—¡Mercedes!—exclamó el corregidor al comparecer delante de su esposa—Necesito saber inmediatamente...

—¡Hola, tio Lúcas! ¿V. por aquí?—dijo

la corregidora, interrumpiéndole.—¿Ocurre alguna desgracia en el molino?

—¡Señora! ¡no estoy para chanzas!—repuso el corregidor hecho una fiera.—Antes de entrar en explicaciones por mi parte, necesito saber qué ha sido de mi honor...

—¡Esa no es cuenta mía! ¿Acaso me lo ha dejado V. á mi en depósito?

—Sí, señora... ¡A V.!—replicó D. Eugenio.—¡Las mujeres son las depositarias del honor de sus maridos!

—Pues entónces, pregúntele V. á su mujer por el suyo. Precisamente nos está escuchando.

La señá Frasquita, que se habia quedado á la puerta del salon, lanzó una especie de rugido.

—Pase V., señora, y siéntese...—añadió la corregidora, dirigiéndose á la molinera con una dignidad soberana.

Y por su parte, encaminóse al sofá.

La generosa navarra supo comprender desde luego toda la grandeza de la actitud de aquella esposa injuriada... é injuriada acaso doblemente... Así es que, alzándose en el acto á igual altura, dominó sus naturales impetus, y guardó un silencio decoroso.—Esto sin contar con que la señá Frasquita, segura de su inocencia y de su fuerza, no tenia prisa de defenderse... ¡Teniala, sí, de acusar, y mucha!... pero no ciertamente á la corregidora.—Con quien ella deseaba ajustar cuentas era con el tío Lucas..., y el tío Lucas no estaba allí.

—Señá Frasquita—repitió la noble dama, al ver que la molinera no se habia movido de su sitio:—le he dicho á V. que puede pasar y sentarse.

Esta segunda indicacion fué hecha con voz más afectuosa y sentida que la primera...—Dijérase que la corregidora habia adivinado tambien por instinto, al fijarse en el reposado continente y en la varonil hermosura de aquella mujer, que no iba á háberse las con un sér bajo y despreciable, sino quizás más bien con otra infortunada como ella;—infortunada, sí, por el solo hecho de haber énocido al corregidor!

Cruzaron; pues, sendas miradas de paz y de indulgencia aquellas dos mujeres que se consideraban dos veces rivales, y notaron

con gran sorpresa que sus almas se aplacieron la una en la otra, como dos hermanas que se reconocen.

No de otro modo se divisan y se saludan á lo léjos las castas nieves de las encumbradas montañas.

Saboreando estas dulces emociones, la molinera entró majestuosamente en el salon, y se sentó en el filo de una silla.

A su paso por el molino, calculando que en la ciudad tendria que hacer visitas de importancia, se habia arreglado un poco y puéstose una mantilla de franela negra, con grandes felpones, que le sentaba divinamente.—Parecia toda una señora.

Por lo que toca al corregidor, habia guardado silencio durante aquel episodio. El rugido de la señá Frasquita y su aparicion en la escena, no habian podido ménos de sobresaltarle. Aquella mujer le causaba ya más terror que la suya propia.

—Conque vamos, tío Lucas—prosiguió Doña Mercedes, dirigiéndose á su marido.—Ahí tiene V. á la señá Frasquita... ¡Puede V. volver á formular su demanda!

—Mercedes, ¡por los clavos de Cristo!—gritó el corregidor.—¡Mira que tú no sabes de lo que soy capaz! ¡Nuevamente te conjuro á que dejes la broma y me digas todo lo que ha pasado aquí durante mi ausencia! ¿Dónde está ese hombre?

—¿Quién? ¿Mi marido? Mi marido se está levantando, y ya no puede tardar en venir.

—¡Levantándose!—bramó D. Eugenio.

—¿Se asombra V.? Pues ¿dónde queria V. que estuviese á estas horas un hombre de bien, sino en su casa, en su cama, y durmiendo con su legitima consorte, como manda Dios?

—¡Merceditas! ¡Ve lo que te dices! ¡Repara en que nos están oyendo! ¡Repara en que yo soy el corregidor!...

—¡A mi no me dé V. voces, tío Lucas, ó mandaré á los alguaciles que lo lleven á V. á la cárcel!—replicó la corregidora, poniéndose de pié.

—¡Yo á la cárcel! ¡Yo! ¡El corregidor de la ciudad!

—El corregidor de la ciudad, el repre-

sentante de la justicia, el apoderado del Rey —repuso la gran señora con una severidad y una energía que ahogaron la voz del fingido molinero,—llegó á su casa á la hora debida, á descansar de las nobles tareas de su oficio, para seguir mañana amparando la honra y la vida de los ciudadanos, la santidad del hogar y el recato de las mujeres, impidiendo de este modo que nadie pueda entrar disfrazado de corregidor ni de ninguna otra cosa en la alcoba de la mujer ajena; que nadie pueda sorprender á la virtud en su descuidado reposo; que nadie pueda abusar de su casto sueño...

—¡Merceditas! ¿Qué es lo que profieres? —silbó el corregidor con labios y encias.— ¡Si es verdad que ha pasado eso en mi casa, diré que eres una pícara, una pérfida, una licenciosa!

—¿Con quién habla este hombre?—prorrumpió la corregidora desdeñosamente, y pasando la vista por todos los circunstantes.—¿Quién es este loco? ¿Quién es este ebrio? ¡Ni siquiera puedo ya creer que sea un honrado molinero como el tío Lucas, á pesar de que viste su traje de villano!—Señor Juan López, créame V.—continuó, encarándose con el alcalde de monterilla, que estaba aterrado.—Mi marido, el corregidor de la ciudad, llegó á esta su casa hace dos horas, con su sombrero de tres picos, su capa de grana, su espadín de caballero y su baston de autoridad... Los criados y alguaciles que me escuchan se levantaron y lo saludaron al verlo pasar por el portal, por la escalera y por el recibimiento. Cerráronse en seguida todas las puertas, y desde entonces no ha penetrado nadie en mi hogar hasta que llegaron VV.—¡Es esto cierto?—Responded vosotros...

—¡Es verdad! ¡Es muy verdad!—contestaron la nodriza, los domésticos y los ministriles; todos los cuales, agrupados á la puerta del salon, presenciaban aquella singular escena.

—¡Fuera de aquí todo el mundo!—gritó D. Eugenio, echando espumarajos de rabia.—¡Garduña! ¡Garduña! ¡Ven y prende á estos viles que me están faltando al respeto! ¡Todos á la cárcel! ¡Todos á la horca!

Garduña no parecia por ningun lado.

—Además, señor—continuó Doña Mercedes, cambiando de tono y dignándose ya mirar á su marido y tratarle como á tal, temerosa de que las chanzas llegaran á irremediabiles extremos.—Supongamos que V. sea mi esposo... Supongamos que V. sea don Eugenio de Zúñiga y Ponce de Leon...

—¡Lo soy!

—Supongamos, además, que me cupiese alguna culpa en haber tomado por V. al hombre que penetró en mi alcoba vestido de corregidor...

—¡Infames!—gritó el viejo, echando mano á la espada, y encontrándose sólo con el sitio, y con la faja de molinero murciano.

La navarra se tapó el rostro con un lado de la mantilla para ocultar las llamaradas de sus celos.

—Supongamos todo lo que V. quiera,—continuó doña Mercedes con una impasibilidad inexplicable.—Pero dígame V. ahora, señor mio: ¿Tendria V. derecho á quejarse? ¿Podria V. acusarme como fiscal? ¿Podria V. sentenciarme como juez? ¿Viene V. acaso del sermon? ¿Viene V. de confesar? ¿Viene V. de oír misa? ¿O de dónde viene V. con ese traje? ¿De dónde viene V. con esa señora? ¿Dónde ha pasado V. la mitad de la noche?

—Con permiso,—exclamó la seña Frasquita, poniéndose de pié, como empujada por un resorte, y atravesándose arrogante-mente entre la corregidora y su marido.

Este, que iba á hablar, se quedó con la boca abierta al ver que la navarra entraba en fuego.

Pero doña Mercedes se anticipó, y dijo:

—Señora, no se fatigue V. en darme á mí explicaciones... Yo no se las pido á usted, ni mucho menos... Allí viene quien puede pedírselas á justo título. ¡Entiéndase usted con él!

Al mismo tiempo se abrió la puerta de un gabinete, y apareció en ella el tío Lucas, vestido de corregidor de piés á cabeza, y con baston, guantes y espadín, como si se presentase en las salas de Cabildo.

XXXII.

La fe mueve las montañas.

—Tengan VV. muy buenas noches,— pronunció el recién llegado, quitándose el sombrero de tres picos, y hablando con la boca sumida, como D. Eugenio de Zúñiga.

En seguida se adelantó por el salón, balanceándose en todos sentidos, y fué á besar la mano de la corregidora.

Todos se quedaron estupefactos. El parecido del tío Lúcas con el verdadero corregidor era maravilloso.

Así es que la servidumbre, y hasta el mismo Sr. Juan Lopez, no pudieron contener una carcajada.

D. Eugenio sintió aquel nuevo agravio, y se lanzó sobre el tío Lúcas como un basilisco.

Pero la señá Frasquita metió el montante, apartando al corregidor con el brazo de marras, y su señoría, en evitación de otra voltereta y del consiguiente escarnio, se dejó atropellar sin decir oxe ni moxe.— Estaba visto que aquella mujer había nacido para domadora del pobre viejo.

El tío Lúcas se puso más pálido que la muerte al ver que su mujer se le acercaba; pero luego se dominó, y, con una risa tan horrible que tuvo que llevarse la mano al corazón para que no se le hiciese pedazos, dijo, remedando siempre al corregidor:

—¡Dios te guarde, Frasquita! ¿Le has enviado ya á tu sobrino el nombramiento?

¡Hubo que ver entónces á la navarra! Tiróse la mantilla atrás, levantó la frente con una soberbia de leona, y, clavando en el falso corregidor dos ojos como dos puñales,

—¡Te desprecio, Lúcas!—le dijo en mitad de la cara.

Todos creyeron que le había escupido: tal gesto, tal ademán y tal tono de voz acentuaron aquella frase.

El rostro del molinero se transfiguró al oír la voz de su mujer. Una especie de inspiración, semejante á la de la fe religiosa, había penetrado en su alma, inundándola de luz y de alegría... Así es que, olvidándose por el momento de cuanto había visto y creído ver en el molino, exclamó con las lágrimas en los ojos y la sinceridad en los labios:

—¿Conque tú eres mi Frasquita?

—¡No!—respondió la navarra fuera de sí.—¡Yo no soy ya tu Frasquita! Yo soy... ¡Pregúntaselo á tus hazañas de esta noche, y ellas te dirán lo que has hecho de este corazón que tanto te quería!...

Y se echó á llorar, como una montaña de hielo que se hunde y principia á derretirse.

La corregidora se adelantó hácia ella sin poder contenerse, y la estrechó en sus brazos con el mayor cariño.

La señá Frasquita se puso entónces á besarla, sin saber tampoco lo que se hacía, diciéndole entre sus sollozos, como una niña que busca amparo en su madre:

—¡Señora, señora! ¡Qué desgraciada soy!

—¡No tanto como V. se figura!—contestábale la corregidora, llorando también generosamente.

—¡Yo sí que soy desgraciado!—gemía al mismo tiempo el tío Lúcas, andando á puñetazos con sus lágrimas, como avergonzado de verterlas.

—Pues ¿y yo?—prorumpió al fin Don Eugenio, sintiéndose ablandado por el contagioso lloro de los demás, ó esperando salvarse también por la vía húmeda; quiero decir, por la vía del llanto.—¡Ah, yo soy un pícaro! ¡Un monstruo! ¡Un calavera deshecho, que ha llevado su merecido!

Y rompió á berrear tristemente, abrazado á la barriga del Sr. Juan Lopez.

Y éste y los criados lloraban de igual manera, y todo parecía concluido, y sin embargo, nadie se había explicado.

XXXIII.

Pues ¿y tú?

El tío Lúcas fué el primero que salió á flote en aquel mar de lágrimas.

Era que empezaba á acordarse otra vez de lo que había visto por el ojo de la llave.

—Señores, vamos á cuentas!...—dijo de pronto.

—No hay cuentas que valgan, tío Lúcas,—exclamó la corregidora.—¡Su mujer de V. es una bendita!

—Bien... sí... pero...

—¡Nada de pero!... Déjela V. hablar, y verá cómo se justifica. Desde que la ví, me

dió el corazón que era una santa, á pesar de todo lo que V. me habia contado...

—¡Bueno, que hable!...—dijo el tío Lúcas.

—¡Yo no hablo!—contestó la molinera.—El que tiene que hablar eres tú... Porque la verdad es que tú...

Y la señá Frasquita no dijo más, en virtud del invencible respeto que le inspiraba la corregidora.

—Pues ¿y tú?—respondió el tío Lúcas, perdiendo de nuevo toda fe.

—Ahora no se trata de ella,—gritó el corregidor, tornando también á sus celos.—¡Se trata de V.!... Se trata de esta señora... ¡Ah! Merceditas... ¿Quién habia de decirme que tú...

—Pues ¿tú?—repuso la corregidora, midiéndolo con la vista.

Y durante algunos momentos los dos matrimonios repitieron cien veces las mismas frases:

—¿Y tú?

—¿Pues y tú?

—¡Vaya, que tú!

—¡No que tú!

—Pero ¿cómo has podido tú...

Etc., etc., etc.

La cosa hubiera sido interminable si la corregidora, revistiéndose de dignidad, no dijese por último á D. Eugenio:

—¡Mira, cállate tú ahora! Nuestra cuestion particular la ventilaremos más adelante. Lo que urge en este momento es devolver la paz al corazón del tío Lúcas; cosa muy fácil á mi juicio; pues allí distingo al Sr. Juan Lopez y á Toñuelo, que están saltando por justificar á la señá Frasquita...

—¡Yo no necesito que me justifiquen los hombres!—respondió ésta.—Tengo dos testigos de mayor crédito, á quienes no se dirá que he seducido ni sobornado...

—Y ¿dónde están?—preguntó el molinero.

—Están abajo, en la puerta...

—Pues díles que suban, con permiso de esta señora.

—Las pobres no podrian subir...

—¡Ah! ¡Son dos mujeres!... ¡Vaya un testimonio fidedigno!

—Tampoco son dos mujeres. Sólo son dos hembras...

—¡Peor que peor! ¡Serán dos niñas!... Hazme el favor de decirme sus nombres.

—La una se llama *Piñona* y la otra *Liviana*...

—¡Nuestras dos burras!—Frasquita: ¿te estás riyendo de mí?

—No: que estoy hablando muy formal. Yo puedo probarte con el testimonio de nuestras burras que no me encontraba en el molino cuando tú viste en él al señor corregidor...

—¡Por Dios te pido que te expliques!...

—Oye, Lúcas... y muérete de vergüenza por haber dudado de mi honradez. Mientras tú ibas esta noche desde el lugar á nuestra casa, yo me dirigia desde nuestra casa al lugar, y por consiguiente, nos cruzamos en el camino. Pero tú marchabas fuera de él, ó por mejor decir, te habias detenido á echar unas yescas en medio de un sembrado...

—Es verdad que me detuve... Continúa.

—En esto rebuszó tu borrica...

—¡Justamente! ¡Ah, qué feliz soy! ¡Habla, habla, que cada palabra tuya me devuelve un año de vida!

—Y á aquel rebusno le contestó otro en el camino...

—¡Oh! sí... sí... ¡Bendita seas! ¡Me parece estarlo oyendo!

—Eran Liviana y Piñona, que se habian reconocido y se saludaban como buenas amigas, mientras que nosotros dos ni nos saludamos ni nos reconocimos...

—¡No me digas más!... ¡No me digas más!...

—Tan no nos reconocimos—continuó la señá Frasquita,—que los dos nos asustamos y salimos huyendo en direcciones contrarias... ¡Conque ya ves que yo no estaba en el molino! Si quieres saber ahora por qué encontraste al señor corregidor en nuestra cama, tienta esas ropas que llevas puestas, y que todavía estarán húmedas, y te lo dirán mejor que yo. ¡Su señoría se cayó en el caz del molino, y Garduña lo desnudó y lo acostó allí! Si quieres saber por qué abrí la puerta... fué porque creí que eras tú el que se ahogaba y me llamaba á gritos... Y, en fin, si quieres saber lo del nombramiento... Pero no tengo más que decir por la presente. Cuando estemos solos

te enteraré de ese y otros particulares... que no debo referir delante de esta señora.

—¡Todo lo que ha dicho la señá Frasquita es verdad!—gritó el Sr. Juan Lopez, deseando congraciarse con Doña Mercedes, visto que ella imperaba en el corregimiento.

—¡Todo! ¡Todo!—añadió Toñuelo, siguiendo la corriente de su amo.

—¡Hasta ahora... todo!—agregó el corregidor, muy complacido de que las explicaciones de la navarra no hubieran ido más léjos...

—¡Conque eres inocente!—exclamaba en tanto el tío Lúcas, rindiéndose á la evidencia.—¡Frasquita mia! ¡Frasquita de mi alma! ¡Perdóname la injusticia, y deja que te dé un abrazo!...

—Esa es harina de otro costal...—contestó la molinera, hurtando el cuerpo.—Antes de abrazarte, necesito oír tus explicaciones...

—Yo las daré por él y por mí,—dijo Doña Mercedes.

—¡Hace una hora que las estoy esperando!—profirió el corregidor, tratando de enrguirse.

—Pero no las daré—continuó la corregidora, mirando desdeñosamente á su marido—hasta que estos señores hayan des-cambiado vestimentas... y aún entónce, se las daré tan sólo á quien merezca oirlas.

—Vamos... Vamos á descambiar...—dijole el murciano á D. Eugenio, alegrándose mucho de no haberlo asesinado, pero mirándolo todavía con un odio verdaderamente morisco.—¡El traje de Vuestra Señoría me ahoga! ¡He sido muy desgraciado miéntras lo he tenido puesto!...

—¡Porque no lo entiendes!—respondióle el corregidor.—¡Yo estoy, en cambio, deseando ponérmelo, para ahorcarte á tí y á medio mundo, si no me satisfacen las exculpaciones de mi mujer!

La corregidora, que oyó estas palabras, tranquilizó á la reunion con una suave sonrisa, propia de aquellos afanados ángeles cuyo ministerio es guardar á los hombres.

XXXIV.

Tambien la corregidora es guapa.

Salido que hubieron de la sala el corregidor y el tío Lúcas, sentóse de nuevo la corregidora en el sofá; colocó á su lado á la señá Frasquita, y, dirigiéndose á los domésticos y ministriles que obstruian la puerta, les dijo con afable sencillez:

—¡Vaya! muchachos, contad ahora vosotros todo lo malo que sepais de mi.

Avanzó el cuarto estado, y diez voces quisieron hablar á un mismo tiempo; pero el ama de leche, como la persona que más alas tenia en la casa, impuso silencio á los demas, y dijo de esta manera:

—Ha de saber V., señá Frasquita, que estábamos yo y mi señora esta noche al cuidado de los niños, esperando á ver si venia el amo, y rezando el tercer rosario para hacer tiempo, pues la razon que habia traído Garduña era que andaba el señor corregidor detrás de unos facinerosos muy terribles, y no era cosa de acostarse hasta verlo entrar sin novedad, cuando sentimos ruido de gente en la alcoba inmediata, que es donde mis señores tienen su cama de matrimonio. Cogimos la luz, muertas de miedo, y fuimos á ver quién andaba en la alcoba, cuando ¡ay Virgen del Cármen! al entrar, vimos que un hombre, vestido como mi señor, pero que no era él (¡como que era su marido de V!), trataba de esconderse debajo de la cama.—«¡Ladrones!» principiamos á gritar desaforadamente, y un momento despues la habitacion estaba llena de gente, y los alguaciles sacaban arrastrando de su escondite al fingido corregidor.—Mi señora, que, como todos, habia reconocido al tío Lúcas, y que lo vió con aquel traje, temió que hubiese matado al amo, y empezó á dar unos lamentos que partian las piedras...—«¡A la cárcel! ¡A la cárcel!» deciamos entre tanto los demas.—«¡Ladron! ¡Asesino!» era la mejor palabra que oia el tío Lúcas, y así es que estaba como un difunto, arrimado á una pared y sin decir esta boca es mía.—Pero viendo luego que se lo llevaban ya á la cárcel, dijo... lo que voy á repetir, aunque verdaderamente mejor seria para callado: «Señora,

»yo no soy un ladrón ni un asesino; el ladrón
»y el asesino de mi honra está en mi casa,
»acostado con mi mujer.»

—¡Pobre Lúcas!—murmuró la señá Frasquita.

—¡Pobre de mí!—suspiró la corregidora.

—Eso dijimos todos... «¡Pobre tío Lúcas y pobre señora!»... porque... vamos... ya teníamos ciertos antecedentes de que mi señor había puesto los ojos en V...; y, aunque nadie se figuraba que V...

—¡Ama!—exclamó severamente la corregidora.—¡No siga V. por ese camino!...

—Continuaré yo por el otro—dijo un alguacil, aprovechando aquella coyuntura para apoderarse de la palabra.—El tío Lúcas, que nos engañó de lo lindo con su traje y su manera de andar cuando entró en la casa, tanto que todos lo tomamos por el señor corregidor, no había venido con muy buenas intenciones que digamos, y si la señora no hubiera estado levantada... figúrese V. lo que habría sucedido...

—¡Vamos! ¡Cállate tú también!—interrompió la cocinera.—¡No estás diciendo más que tonterías!—Pues, sí, señá Frasquita: el tío Lúcas, para explicar su presencia en la alcoba de mi ama, tuvo que confesar las intenciones que traía... ¡Por cierto que la señora no se pudo contener al oírlo, y le arrimó una bofetada en medio de la boca, que le dejó la mitad de las palabras dentro del cuerpo!—Yo misma lo llené de insultos y denuestos, y quise sacarle los ojos... Porque ya conoce V., señá Frasquita, que aunque sea su marido de V., eso de venir con sus manos lavadas...

—¡Eres una bachillera!—gritó el portero, poniéndose delante de la oradora.—¿Qué más hubieras querido tú?...—En fin, señá Frasquita, óigame V. á mí, y vamos al asunto.—La señora hizo y dijo lo que debía... pero luego, calmado ya su enojo, compadeciósse del tío Lúcas y paró mientes en el mal proceder del señor corregidor, viniendo á pronunciar estas ó parecidas palabras:—«Por infame que haya sido su pensamiento »de V., tío Lúcas, y aunque nunca podré »perdonar tanta insolencia, es menester que »su mujer de V. y mi esposo crean durante

»algunas horas que han sido cogidos en sus »propias redes y que V., auxiliado por ese »disfraz, les ha devuelto afrenta por afrenta! ¡Ninguna venganza mejor podemos tomar de ellos que este engaño tan fácil de »desvanecer cuando nos acomode!»—Adoptada tan graciosa resolución, la señora y el tío Lúcas nos aleccionaron á todos de lo que teníamos que hacer y decir cuando volviese su señoría, y por cierto que yo le he pegado á Garduña tal palo en la rabadilla, que creo no se le olvidará en mucho tiempo la noche de San Simón y San Judas...

Cuando el portero dejó de hablar, ya hacía rato que la corregidora y la molinera cuchicheaban al oído, abrazándose y besándose á cada momento, y no pudiendo en ocasiones contener la risa.

¡Lástima que no haya llegado á saberse lo que hablaban!...—Pero el lector se lo figurará sin gran esfuerzo; y si no el lector, la lectora.

XXXV.

Decreto imperial.

Regresaron en esto á la sala el corregidor y el tío Lúcas, vestido cada cual con su propia ropa.

—¡Ahora me toca á mí!—entró diciendo el insigne D. Eugenio de Zúñiga.

Y, despues de dar en el suelo un par de bastonazos, como para recobrar su energía (á guisa de Anteo oficial, que no se sentía fuerte hasta que su caña de Indias tocaba en la tierra), dijole á la corregidora con un énfasis y una frescura indescriptibles:

—Merceditas: estoy esperando tus explicaciones.

Entre tanto, la molinera se había levantado y le tiraba al tío Lúcas un pellizco de paz, que le hizo ver estrellas, mirándolo al mismo tiempo con desenojados y hechiceros ojos.

El corregidor, que observara aquella pantomima, quedósse hecho una pieza, sin acertar á explicarse una reconciliación tan *inmotivada*.

Dirigiósse, pues, de nuevo á su mujer, y le dijo hecho un vinagre:

—Señora: ¡Todos se entienden menos

nosotros! Sáqueme V. de dudas. ¡Se lo mando como marido y como corregidor!

Y dió otro bastonazo en el suelo.

—¿Conque se marcha V.?—exclamó doña Mercedes acercándose á la señá Frasquita y sin hacer caso de D. Eugenio.—Pues vaya V. descuidada, que este escándalo no tendrá ningunas consecuencias.—¡Rosa! alumbrá á estos señores, que dicen que se marchan...—Vaya V. con Dios, tío Lúcas.

—¡Oh... no!—gritó el de Zúñiga, interponiéndose.—¡Lo que es el tío Lúcas no se marcha! El tío Lúcas queda arrestado hasta que sepa yo toda la verdad. ¡Hola, alguaciles! ¡Favor al rey!...

Ni un solo ministro obedeció á D. Eugenio. Todos miraban á la corregidora.

—¡A ver, hombre, deja el paso libre!—añadió ésta, pasando casi sobre su marido y despidiendo á todo el mundo con la mayor finura; es decir, con la cabeza ladeada, cogiéndose la falda con la punta de los dedos y agachándose graciosamente, hasta completar la reverencia que á la sazón estaba de moda, y que se llamaba *la pompa*.

—Pero yo... Pero tú... Pero nosotros... pero aquellos...—seguía mascujando el vestido, tirándole á su mujer del vestido y perturbando sus cortesías mejor iniciadas.

¡Inútil afán! Nadie hacia caso de su señoría.

Marchado que se hubieron todos, y solos ya en el salon los desavenidos cónyuges, la corregidora se dignó al fin decirle á su esposo, con el acento de una Czarina de todas las Rusias que fulminase sobre un ministro caído la órden de perpetuo destierro á la Siberia:

—Mil años que vivas ignorarás lo que ha pasado esta noche en mi alcoba. Si hubieras estado en ella, como era regular, no tendrías necesidad de preguntárselo á nadie. Por lo que á mí toca, no hay ya ni habrá jamás razon ninguna que me obligue á satisfacerte; pues te desprecio de tal modo, que si no fueras el padre de mis hijos, te arrojaba ahora mismo por ese balcon.—Conque buenas noches, caballero.

Pronunciadas estas palabras, que D. Eugenio oyó sin pestañear (pues lo que es á solas no se atrevia con su mujer), la corre-

gidora penetró en el gabinete y del gabinete en la alcoba, cerrando las puertas detrás de sí, y el pobre hombre se quedó plantado en medio de la sala, murmurando entre encías (que no entre dientes) y con un cinismo de que no habrá habido otro ejemplo:

—Pues señor, no esperaba yo escapar tan bien... ¡Garduña me buscará otra!

XXXVI.

Conclusion, moraleja y epílogo.

Piaban los pajarillos saludando el alba, cuando el tío Lúcas y la señá Frasquita salian de la ciudad con direccion á su molino.

Los esposos iban á pié, y delante de ellos caminaban apareadas las dos burras.

—El domingo tienes que ir á confesar—le decia la molinera á su marido;—pues necesitas limpiarte de todos los malos juicios y criminales propósitos de esta noche.

—Has pensado muy bien—contestó el molinero.—Pero tú, entre tanto, vas á hacerme otro favor, y es dar á los pobres los colchones y las ropas de nuestra cama, y ponerla toda de nuevo.—Yo no me acuerdo donde ha sudado aquel bicho venenoso!

—¡No me lo nombres, Lúcas!—replicó la señá Frasquita.—Mejor es que hablemos de otra cosa. Tengo que pedirte un segundo favor...

—Habla.

—En verano que viene vas á llevarme á tomar los baños del Solan de Cabras.

—¿Para qué?

—Para ver si tenemos hijos.

—¡Felicísima idea! Te llevaré, si Dios nos da vida.

Y con esto llegaron al molino, á punto que el sol, sin haber salido todavía, doraba ya las cúspides de las montañas.

.....

A la tarde, con gran sorpresa de los esposos, que no esperaban nuevas visitas de altos personajes despues de un escándalo como el de la precedente noche, concurrió al molino más señorío que nunca. El venerable prelado, muchos canónigos, el jurisconsulto, dos priores de frailes y otras varias personas (que luego se supo habian sido convocadas allí por Su Señoría Ilustrísima) ocupa-

ron materialmente la plazoletilla del empedrado.

Sólo faltaba el corregidor.

Una vez reunida la tertulia, el señor obispo tomó la palabra, y dijo: que, por lo mismo que habían pasado ciertas cosas en aquella casa, sus canónigos y él seguirían yendo á ella lo mismo que ántes, para que ni los honrados molineros ni las demas personas allí presentes participasen de la censura pública, que sólo merecía aquel que había profanado con su torpe conducta una reunion tan morigerada y tan honesta. Exhortó paternalmente á la señá Frasquita para que en lo sucesivo fuese ménos provocativa y tentadora en sus dichos y ademanes, y procurase llevar más cubiertos los brazos y más alto el escote del jubon. Aconsejó al tío Lúcas el desinterés, la circunspeccion y la verdadera modestia, y concluyó dando la bendicion á todos, y diciendo que, como aquel día no ayunaba, se comería con mucho gusto un par de racimos de uvas.

Lo mismo opinaron todos... respecto de este último particular... y la parra se quedó temblando aquella tarde.—¡En dos arrobas de uvas apreció el gasto el molinero!

Cerca de tres años continuaron estas sabrosas reuniones, hasta que, contra la prevision de todo el mundo, entraron en España los ejércitos de Napoleon y se armó la guerra de la Independencia.

El señor obispo, el magistral y el penitenciario murieron el año de 8, y el abogado y los demas contertulios en los de 9, 10, 11 y 12, por no poder sufrir la vista de los franceses, polacos y otras alimañas que invadieron aquella tierra y que fumaban en pipa, en el Presbiterio de las iglesias, durante la Misa de la tropa!

El corregidor, que nunca más tornó al molino, fué destituido por el mariscal Sebastiani, y murió en la cárcel alta de Granada, por no haber querido ni un solo instante (dicho sea en honra suya) transigir con la dominacion extranjera.

Doña Mercedes no se volvió á casar, y educó perfectamente á sus hijos, retirándose á la vejez á un convento, donde acabó sus dias en opinion de santa.

Garduña se hizo afrancesado.

El Sr. Juan Lopez fué guerrillero y mandó una partida, muriendo, lo mismo que su alguacil, en la famosa batalla de Baza, despues de haber matado muchísimos franceses.

Finalmente: el tío Lúcas y la señá Frasquita (aunque no llegaron á tener hijos, á pesar de haber ido al Solan de Cabras y de haber hecho muchos votos y rogativas), siguieron siempre amándose del propio modo, y alcanzaron una edad muy avanzada, viendo desaparecer el absolutismo en 1812 y 1820, y reaparecer en 1814 y 1823, hasta que, por último, se estableció de nuevo el Sistema Constitucional á la muerte del Rey Absoluto, y ellos pasaron á mejor vida (precisamente al estallar la Guerra civil de los siete años), sin que los sombreros de copa que ya usaba todo el mundo pudiesen hacerles olvidar *aquellos tiempos...* simbolizados por el sombrero de tres picos.

P. A. DE ALARCON.

Julio de 1874.

LOS FERRO-CARRILES ECONÓMICOS EN ESPAÑA. VIA ANGOSTA.

- I. Empirismo en los ferro-carriles. Ancho de Stephenson. Ancho de Brunell. Via española y de otras naciones.
- II. Primera linea angosta. Otras posteriores. Cuestion de pendientes: pendiente económica: sus valores. Cuestion de curvas.
- III. Ventajas de via angosta segun Buell. Adaptacion al terreno. Economia en la construccion. Idem en el material fijo. Idem en el móvil. Gastos de explotacion. Cuestion del trasbordo de mercancías.
- IV. Anchos propuestos en la via angosta. Clase de material móvil. Estabilidad de este. Locomotoras Fairlie: sus dimensiones.
- V. Mal estado de nuestras líneas. Necesidad de una segunda red. Coste de nuestras líneas. Coste probable de una linea ordinaria. Idem de una angosta. Detalles de la via.
- VI. Gastos de explotacion. Receta probable. Saldos anuales con via ordinaria y con la angosta. Sistemas especiales para fuertes pendientes.
- VII. Tramvías: cuestion del ancho: razones especiales. Sistema Oryan: sus ventajas. Conclusion general.

I.

Apénas pasa de cuarenta años la vida de los ferro-carriles, que es sin duda la industria humana con mayor rapidez propagada y en la que se han invertido capitales más considerables, y es asombroso cuánto sobre ellos se ha estudiado é inquirido. Verdad es que al principio se adoptaron ciertas reglas empiricas para el proyecto